

*Para mi familia que es mi mundo*

# EL MUNDO DEL AHORA

MARCOS NIETO PALLARÉS



«Si no estás preparado para morir por ella, saca la palabra "libertad"  
de tu vocabulario»

Malcolm X



# PRÓLOGO

**M**i nombre es Loxran. No es un nombre muy común en estos tiempos, lo sé, pero mi madre tampoco lo era. Nací hace ya 16 años en la ciudad de Londres una mañana lluviosa el día de San Valentín de 1953.

Era un niño delgado, de complexión fuerte y de una estatura cercana al metro setenta; tenía la piel morena y el pelo negro hasta los hombros, y porque no decirlo, era bastante guapo.

Ariane, que era el nombre de mi madre, me educó de una forma un tanto peculiar: como si fuera un ser especial, único, como si tuviera miedo de que cualquier cosa pudiera romperme, desquebrajarme. Era tal su obsesión por ello que hasta hace bien poco vivía en una especie de cuento de hadas, sin preocupaciones y sin un atisbo de lo que las personas corrientes llaman problemas.

No fui nunca a la escuela, mi madre daba clase todos los días de nueve a una, incluidos sábados y domingos. Me quería como quien quiere a un cuadro de valor incalculable, como quien cría a sabiendas al futuro salvador del mundo, al usurpador de todas las penas del universo... como a un mesías.

No recibía visitas jamás, las únicas personas que había visto en mi vida lo había hecho a través de la ventana de mi habitación. Nunca entendí por qué lo hizo, porque me llevó hasta ese punto de indefensión, de anti-naturalidad; yo era un bebé posado en el corazón de un bosque henchido de amenazas, de lobos.

No me di cuenta de ello, de lo desamparado que estaba hasta el día que murió, el catorce de febrero de 1969, el mismo día que cumplí dieciséis años se marchitó, y con ella mi ser dejó de ser especial, dejó de ser único, dejó de ser ese mesías que ella tanto había amado hasta el punto de volverlo un recién nacido. Sentí que no tenía nada, no tenía amigos, ni familia, y la verdad es que hasta ese momento nunca los había necesitado.

Heredé dinero suficiente para vivir tres vidas, y una sensación de miedo y soledad como nunca más volvería a sentir.

Mi madre había muerto y de mi ser sólo brotaban preguntas y más preguntas. ¿Por qué nunca me habló de mi padre a pesar de mis constantes demandas al respecto? ¿Cómo podía haber dejado tanto dinero si nunca la había visto trabajar? Ahora ya no importaba, ya no estaba, y con ella todos mis interrogantes habían partido, se habían esfumado como la niebla se esfuma entre las aguas del Támesis.

Y así empezó más o menos mi historia, o más bien mi aventura; solo en Londres, en este mundo que me acechaba, pero no en este tiempo, y mucho menos, en esta dimensión.

CAPITULO I  
EL NUEVO MUNDO

Habían pasado ya tres meses de la muerte de mi madre y yo todavía seguía confinado entre aquellas cuatro paredes.

Mi casa no era nada del otro mundo, una casa de madera vieja, de las que ya no se fabricaban.

Walter, que era la persona que todos los días puntualmente a las nueve de la mañana me traía todo lo necesario para mi manutención, se acercaba tan dicharachero como siempre calle arriba.

Desde la ventana observada detenidamente a aquel hombre extremadamente delgado, con facciones muy marcadas: orejas grandes, nariz grande, ojos grandes... Vestía siempre oscuro, con pantalones de pana y sweaters de lana, y como ya he dicho antes, siempre estaba de buen humor.

—¿Señorito Loxran, va a salir hoy? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues no —contesté como hacía todos los días a la misma hora.

—Hace un día fantástico —replicó—, las calles están repletas de comerciantes y las gentes pasean sus desdichas por toda la ciudad ¡cualquier día esta casa va a caérsele encima!

Walter nunca contestó a ninguna de las preguntas que le hice sobre mi madre. Era curioso porque mi madre, al igual que yo, nunca había salido de allí, o al menos yo jamás la había visto hacerlo. ¿Cuándo le contrató? ¿Sabía que iba a morir y por eso lo hizo?

Las causas de la muerte de mi madre fueron extrañas, simplemente una mañana la encontré sin vida encima de su cama. Fue la primera vez que vi a Walter, que curiosamente se presentó en mi casa sin previo aviso escasos minutos después de encontrarme con el cadáver.

Allí estaba ella, inmóvil, de porcelana, con sus cabellos negros extendiéndose como un río por las blancas sábanas.

Walter se encargó de todo y yo, aún perplejo por lo sucedido, sólo podía mirar, observar quieto, callado, como un cervatillo cara a cara con su depredador. No pude despedirme de ella, no asistí al sepelio si lo hubo, y eso es algo que me atormentará el resto de mis días; simplemente, unos hombres de negro se la llevaron ante mis ojos tristes.

Todo eran incógnitas y empezaba a estar harto de vivir en una completa y angustiada incertidumbre.

No tenía ninguna intención de escapar de aquel claustro que mi propia madre había creado para mí, pero por alguna

extraña razón mi cuerpo deseaba lanzarse al exterior, recorrer las calles de Londres, los callejones, los teatros, las plazas...

Todos los días bajaba hasta la puerta de mi casa y lo intentaba, intentaba escapar de aquella prisión, pero después de tantos años de confinamiento mi cuerpo era incapaz de hacerlo; muchas veces pensé que quizás padecía agorafobia, o algo parecido; o simplemente era un cobarde.

Pasaron tres meses más y mi situación empezaba a ser desesperante. No podía estar encerrado de por vida, o quizás sí; estaba confuso y mi mente no dejaba de pensar en la posibilidad de salir al exterior, de visitar Londres, de ser un habitante más.

Por aquel entonces los Beatles arrasaban con su Yellow Submarine y un grupo llamado Led Zeppelin lanzaba su primer disco. Morían personas, nacían otras, en fin, el mundo rodaba y rodaba. Aquella mañana, como siempre, mi querido Walter, puntual, entraba por la puerta.

—Le traigo el periódico señor Loxran —dijo sonriente.

—Muy bien, tráemelo, lo leeré ahora mismo.

El London Herald de principio a fin era mi monotonía matinal, gracias a él estaba al día de lo que sucedía en la ciudad del Big Ben, del Palacio de Buckingham, de la Catedral de San Pablo. ¿Cómo podía vivir en una ciudad tan bella y no ser capaz de salir de aquellas paredes?

Aquel año, el de 1969, personas como Rocky Marciano o el ex-presidente norteamericano Eisenhower dejaron este mundo para trasladarse al otro, muchas más lo hicieron, y es triste que sólo recuerde a esas dos. El Milán ganaba su segunda liga de campeones al derrotar en la final al Ajax de Ámsterdam y Jackes Stewart se proclamaba campeón del mundo de la Formula 1. Además, el Apolo 11 surcó los cielos en dirección a la Luna, un destino que se encontraba a cuatrocientos mil kilómetros de distancia, un viaje sin precedentes, un viaje hacia otro mundo.

Mientras ojeaba el periódico con detenimiento, Walter se despidió de mí, aunque aquel día lo hizo de una forma diferente: su habitual «hasta mañana» se había transformado en un «adiós» seco, tajante. No le di demasiada importancia en aquel momento, pero aquel «adiós», aquella corta palabra, se quedaría grabada a fuego en mi mente durante mucho tiempo.

Nunca más volví a verle.

A la mañana siguiente, al despertar, el mundo se tiñó de rojo. Sin tiempo a reaccionar y con los ojos aún entumecidos, me di cuenta que la casa estaba en llamas. Por debajo de la puerta de mi cuarto, el humo, denso y negro, entraba sin descanso dándome los buenos días.

A duras penas conseguí llegar hasta la puerta, casi arrastras, al borde del ahogamiento; los ojos me escocían, no podía ver prácticamente nada y cuando intenté abrirla, el pomo ardía y me quemé, aún así, la abrí con un grito de dolor y al hacerlo, la cosa no mejoró.

Las llamas lo estaban devorando todo, pedazos de techo caían seguidos de estruendos y chirridos que presagiaban un colapso inminente del que hasta ese día había sido mi hogar.

La vida pasó frente a mis ojos fugazmente, vi a mi madre, a Walter y recordé su «adiós», ahora lo entendía. Iba a morir en aquel mismo instante, a quemarme vivo, a exhalar mi último aliento. Pero de pronto, súbitamente, algo dentro de mi ser se retorció, se enfureció y dijo: «¡no, hoy no!» y mis piernas, como guiadas por alguna fuerza extraña, empezaron a correr hacia la ventana.

Sentí mucho calor, un dolor intenso recorrió todo mi cuerpo, como si anduviera por el mismísimo infierno, pero cerré los ojos y continué avanzando. Las llamas danzaban a mi alrededor, intentaban arrancar la vida de mi cuerpo, de mi ser, pero seguí corriendo. Varios trozos de techo en llamas cayeron sobre mi cabeza y no sentí nada, como si nada ni nadie pudiera hacerme daño, como si aquel día fuera indestructible, inquebrantable; y abrazado por un mar de llamas proseguí hacia mi inevitable destino.

Y la ventana se hizo añicos, los barrotes de mi celda se quebraron en mil pedazos, mis huesos crujieron y entonces vi la luz, una luz cegadora, sentí mi cuerpo flotar, sonreí, al fin lo había conseguido, estaba fuera, el mundo se descubría ante mí.

Lo siguiente que recuerdo son las caras de mis vecinos mirándome con incredulidad, todos agolpados hacia mí, fijando sus ojos en ese extraño ser que acababa de saltar por la ventana de una casa en llamas.

—¿De dónde ha salido está criatura de Dios? —se preguntaban.

Nadie me había visto nunca antes, aunque yo llevaba dieciséis años observándoles por las ventanas de mi hogar, hogar que yacía completamente carbonizado a mis espaldas. La gente no dejaba de murmurar y murmurar hasta que un agente de la ley se acercó al ver el tumulto.

—¿Qué pasa aquí? ¡Apartaos!

—¡Este muchacho ha saltado por la ventana, nunca antes lo habíamos visto! —se apresuró a decir uno de los allí agolpados.

—¡Seguro que es un ladronzuelo que ha entrado a robar y en su intento le ha prendido fuego a la casa! —aventuró otro.

Mi cabeza estaba aturdida aún por el golpe y las palabras de aquellas gentes retumbaban en mi cabeza como un pájaro carpintero haría en el tronco de un árbol. Intentar dar una explicación lógica no hubiera servido de nada, la pura verdad, la historia de mi vida solo me hubiera hecho parecer aún más culpable; e hice lo único que en aquel momento podía hacer: empezar a correr, a correr a toda prisa, con todas mis fuerzas. El policía intento darme caza pero yo era rápido, muy rápido; otra cosa que acababa de descubrir.

Corrí y corrí hasta encontrar un callejón en el que me sentí seguro, me senté en el suelo mojado, sucio, y lloré durante horas, y vi que el mundo, mi mundo, se desmoronaba ante mí al igual que lo había hecho mi casa no mucho tiempo atrás.

Rodeado de inmundicia sentía como las lágrimas brotaban y de igual manera, los recuerdos de mi infancia lo hacían en lo más profundo de mis entrañas. Vi a mi madre con su tiza en la mano, radiante, dándome clases de matemáticas delante de aquella pizarra que fue testigo de los mejores años de mi vida.

Recordé las clases de gimnástica, de geografía, de historia, de religión... y por más que lo intentaba, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a aquella locura que había sido mi vida.

Sentir que aquellos días frente al fuego leyendo a Shakespeare no volverían, desgarraba mi alma hasta tal punto que pensé en quitarme la vida, acabar de una vez por todas con aquella pesadilla, destruirla, pero yo no era un cobarde, no, no lo era, y limpiándome las lágrimas con la única parte limpia de la camisa que me quedaba, me dispuse a seguir viviendo, aunque fuera como un simple mendigo, limosneando por las calles para poder comer un pedazo de pan duro.

Entonces ocurrió algo inesperado, y mi cuerpo se petrificó al instante. Detrás de mí había alguien, lo sabía porque acababa de tocarme la espalda, dos toquecitos a la altura de mi hombro derecho. ¡Estaba perdido, me habían encontrado, debí ser más listo y no haberme quedado tanto tiempo en el mismo lugar!

Y cuando me volví, no vi a ningún agente de la ley ni a ningún vecino tratando de atraparme, cuando me giré la vi a ella: una muchacha de mi edad más o menos, de cabellos rubios, piel clara, esbelta, preciosa. Me quedé mudo y ella me sonrió, no podía decir nada. Iba vestida con harapos, el pelo sucio y

enmarañado, y a mí me parecía el ser más hermoso que mis ojos habían contemplado en su vida.

—Hola, ¿qué haces aquí? Esta es una zona peligrosa.

—No lo sé, estoy perdido, mi casa...—no tenía ganas de dar explicaciones.

—¿No tienes a donde ir?

Su voz era dulce y transmitía tranquilidad, algo que no me venía nada mal en aquel momento.

—No, estoy solo —reconocí.

—Pues si quieres puedes venir conmigo, yo también estoy sola.

Aquellas palabras me reconfortaron, no podía declinar aquella invitación aunque no supiera nada de aquella muchacha, ni siquiera su nombre. Estaba perdido, asustado, confuso y quizás aquel ángel caído del cielo como por arte divina pudiera ayudarme a sobrevivir en aquellas calles repletas de maleantes y gentes de mal vivir.

Seguí observando a aquel ser harapiento, sucio y decidí que debía seguirla, que debía dejar mi vida en sus manos, no tenía otra salida.

—¿Me llamo Loxran y tú?

La muchacha se quedó pensativa unos instantes, supongo que por lo curioso de mi nombre.

—Mi madre me puso Lucía, pero tú puedes llamarme Luz.

«Curiosa contestación —pensé» pero la verdad era que todo lo que envolvía a aquella "Luz" era de lo más curioso. Nos dimos la mano, como quien acaba de hacer un trato, y mirándome fijamente a los ojos me dijo:

—¡Ven, te enseñaré donde vivo!

Fui detrás de ella y me di cuenta de lo mucho que había corrido en mi huida. Sabía perfectamente en que zona estaba, muy lejos de mi antiguo hogar, en el centro del West End londinense, en la vecindad de la ciudad de Westminster: en el barrio del Soho. Rodeado por Regent Street al oeste, Oxford Street al norte y Charing Cross al este, no perdía la estela de aquella enigmática muchacha.

El Soho era la zona multicultural de Londres al haber recibido a lo largo de su historia oleadas de inmigrantes que encontraban en aquellas calles un lugar donde echar raíces.

La seguí por aquellas calles observando a sus gentes: gentes variopintas, de muchas culturas y creencias distintas. Y tras un largo recorrido la muchacha se giró.

—Ahora vigila que nadie nos sigan —susurró.

Asentí y sigilosamente, cual gato acecha a un ratón, giró a su derecha por una especie de pasadizo de no más de un metro de anchura que había entre dos casas de piedra. Luz siguió avanzando por aquel estrecho pasaje que consumaba en una pared de al menos diez metros.

No entendía nada, y por un instante, pensé que aparecería algún compinche suyo por detrás para atracarme, algo del todo innecesario, pues no llevaba absolutamente nada en mis

bolsillos. Pero no, no ocurrió nada de eso y ante mi asombro, Luz empezó a trepar por aquella alta pared como un auténtico alpinista.

Observé que la pared había sido escarpada en ciertos puntos donde ella apoyaba sus finas extremidades con unos movimientos sincronizados sólo conseguidos por una reincidencia constante y prolongada.

Cuando llegó a la cima de aquella pared, se tumbó boca abajo y con un movimiento de sus manos me indicó que yo era el siguiente. Las piernas me temblaban.

—¡Vamos Loxran, no seas gallina!

«Gallina no, prudente sí —pensé»

—¡Ten cuidado, un paso en falso y te vas al otro barrio!

Notaba por su sonrisa que estaba disfrutando con la situación, pero como ya he dicho anteriormente, yo no era un cobarde.

Puse el pie en el primer «escalón» y poco a poco, sin prisa pero seguro, fui avanzando hasta alcanzar la cúspide de aquella maldita pared.

Allí encontré algo que no me esperaba; entre los tejados, alejado del mundanal ruido había construido una especie de vivienda con maderas y chapas que más bien parecía una choza de mala muerte; de muy mala muerte diría yo.

CAPITULO 2  
EL MUNDO EN  
LOS TEJADOS

**E**studié aquel habitáculo con detenimiento y pude observar su forma totalmente aerodinámica. Estaba claro que mi recién adquirida acompañante no tenía un pelo de tonta. A aquella altura el viento golpearía incesante los días de ventisca y además, con lluvia, sería mucho más fácil su evacuación.

Poco a poco, y sin casi hablarnos, iba conociendo a aquella enigmática muchacha.

—¿Quieres ver el interior, ya verás, es muy confortable? — prometió con una amplia sonrisa.

La verdad es que no me cansaba de mirarla, tan frágil, bella, y a la vez tan curtida. Y estaba en lo cierto, el interior estaba completamente forrado de telas de varios colores, dándole un aspecto divertido, carnavalesco.

Lo que más me llamó la atención fue ver dos pequeñas camas muy juntas en el centro de la "casita". Iba a preguntarle el motivo pero no hizo falta.

—Antes vivía con mi madre —afirmó mientras sus ojos denotaban un dolor extremo, penetrante—, pero esos malnacidos de la policía la mataron de una paliza.

—¡Por qué! —estaba escandalizado y mis palabras brotaron como un grito por mi garganta—. ¿No los denunciaste? ¡No pueden hacer eso!

No podía creer lo que oía, nadie tenía derecho a matar a nadie fuese por el motivo que fuese.

—Ay joven Loxran —suspiró—, creo que voy a tener que enseñarte muchas cosas, parece como si hubieses vivido en un torreón toda tu vida.

Y cuánta razón tenía, no sabía nada de la vida y sus penurias, estaría perdido de no ser por ella, de no ser por el destino que la había guiado hacia mí. Ahora ella era mi «Luz», la luz que guiaba mi camino.

Aquella noche no pude pegar ojo, pasé casi todo el tiempo mirando como dormía plácidamente, ausente de todo. La cama era muy cómoda, acolchada, aún así mi cabeza no dejaba de darle vueltas a todo lo ocurrido, a cómo diablos había llegado hasta aquel tejado. Hacía apenas unas horas estaba aposentado plácidamente en mi "torreón", relajado, leyendo el London Herald. Pero ahora tenía otra vida y no podía hacer nada para cambiar ese hecho.

A la mañana siguiente veía las cosas con más claridad. ¿Para qué compadecerme de mí mismo si no iba a servir para nada? Debía sobrevivir, simplemente eso era lo que debía hacer; algo tan simple y a la vez tan complicado.

Luz estaba arreglando su «nido» mientras yo la observaba inquieto, pensando en qué haríamos aquel día, el primero de mi nueva vida.

—¿Luz, me preguntaba qué haces para conseguir comida y todo lo necesario para sobrevivir, el dinero no cae del cielo precisamente?

Y su respuesta fue tajante.

—Robar —y en esta ocasión su semblante se mantuvo serio—. Lo único que podemos hacer para sobrevivir es robar, pero hay una regla muy importante, sólo lo haremos a personas acaudaladas, nunca a personas pobres. Voy a enseñarte el arte del hurto, así que los próximos días los vamos a dedicar a convertirte en un ladrón decente y así, entre los dos, podemos conseguir buenos botines.

¿Yo un ladrón de tres al cuarto? El destino se estaba burlando de mí y si me concentraba lo suficiente, podía oír sus carcajadas en cada rincón de aquellas inmundas calles.

Lo primero que aprendí fue a conocer a mi enemigo, la policía de Londres, y más concretamente, el comisario Strench. La policía era dura con los ladrones, no había cosa que odiaran más que a un pequeño ladronzuelo al que le importara bien poco pasarse una temporadita en la cárcel. «Cama y co-

mida, una buena combinación —decía Luz» por eso me explicó que si nos pillaban, lo que íbamos a recibir sería una buena paliza.

Por su forma de hablar, pude observar el odio que profanaba en Luz aquel hombre llamado Strench, y no hizo falta que me dijera que fue el culpable de la muerte de su madre, era una obviedad.

El comisario Strench no era un policía al uso, lo natural en su posición era pasarse el día entre despachos y máquinas de escribir, pero no, aquel hombre era un hombre de campo, un hombre de acción. Su largo bigote y su tez blanquecina, como mortecina, se paseaban por el Soho sin descanso, haciendo girar su porra y silbando como quien pasea con su amante entre risas y arrumacos. No era de complexión grande y tampoco era demasiado alto, sobre un metro setenta y setenta kilos de peso, y eso no era bueno, porque según Luz, era el agente de la ley más rápido que había visto nunca. «Si te pillas estás jodido —dijo mientras se dirigía lentamente hacia mí».

—Guárdate esta manzana —dijo traviesa.

Y lo hice y cuando se alejó, con un gesto de su mano me instó a que la sacara del bolsillo, pero la manzana ya no estaba, apareció en sus manos y muy gustosamente había empezado a comérsela.

—Cuando seas capaz de quitarme algo del bolsillo sin que me dé cuenta —dijo orgullosa de sí misma—, estarás preparado para salir de caza conmigo, no antes, es demasiado peligroso. ¿Ves este corazón de manzana? —añadió mientras me lo mostraba—, cuando esté en tus manos, estarás listo.

Se guardó el corazón en el bolsillo dándose unos golpecitos sobre el mismo, segura, mientras yo la miraba y pensaba que algún día su corazón, el corazón de aquella muchacha sería mío.

Pasamos las siguientes semanas entrenando sin descanso. El arte del pillaje era muy simple, entrenar y entrenar hasta conseguir esa velocidad de manos que te hiciera invisible ante tu presa, no servía ser sutil, había que ser imperceptible.

Observaba a Luz mientras lo hacía con una soltura inusitada desde los tejados. Luego volvía con su botín orgullosa, sacando pecho. Yo era un alumno aplicado y más o menos un mes después de mi primera clase, a media mañana, la miré fijamente a los ojos y le dije que estaba preparado.

—¡No corras tanto Houdini! —exclamó al tiempo que soltaba una carcajada de lo más estridente—. Debo estar segura de que estás preparado del todo, además, todavía tengo el corazón.

Y cuando introdujo su mano en el bolsillo para enseñarme la prueba de mi falta de madurez, su semblante cambió mientras una media sonrisa se dibujaba en el mío. Tenía su corazón, y aunque entonces no lo sabía, también ella tenía el mío.

Aquella noche la pasé inquieto dando vueltas en la cama pensando en que al despertar, empezaría mi auténtica prueba de fuego. Robar no me hacía sentir precisamente bien, pero necesitaba comer y eso no era negociable.

Al despertar el cielo estaba encapotado, uno de esos días mustios típicos de la ciudad del Támesis. Luz se desperezaba mientras yo la observaba aguardando lo inevitable.

—¿Estás preparado para la caza? —dijo mientras aún se frotaba los ojos.

Asentí, estaba tan nervioso que no me salían las palabras. Luz comenzó a andar por los tejados asomándose cada poco tiempo en busca de la presa idónea, mi presa perfecta. Y entonces se paró en seco.

—Ahí la tienes, la mujer con el sombrero rojo y la chaqueta de visión.

Pude observar a aquella mujer detenidamente, era obvio que se trataba de una persona acaudalada, solo el coste de las pieles que reposaban sobre sus hombros nos hubieran dado de comer al menos un año. Aquella mujer era voluptuosa y eso significaba que no podría correr tras de mí si algo salía mal, una buena elección para mi primer «golpe». Bajé por una cañería sin que nadie lo advirtiera, sin titubear, decidido y convencido de cuál era mi propósito, y me dirigí al encuentro de aquella «pobre» mujer. Calculé el recorrido que mi presa debía llevar por la calle contigua a la que yo recorría y al girar la esquina, su enorme cuerpo chocó contra el mío, tirándome de bruces contra el suelo.

—¡Dios mío hijo, que susto me has dado! —exclamó mirando con repulsión hacia mi persona.

Y como si nada hubiera pasado, aquella mujer siguió su camino, sin siquiera imaginar que mi trabajo por aquel día había

concluido. Un rápido movimiento había arrancado de su muñeca un precioso reloj de oro macizo, con el botín substraído podríamos sobrevivir al menos un mes, sino más.

Decidimos volver a nuestra morada por las calles, observándolo todo con detenimiento, disfrutando de un agradable paseo. Debíamos vender el reloj y Luz sabía perfectamente dónde.

Después de un largo recorrido disfrutando de la hermosura de las calles londinenses del Soho, llegamos a nuestro destino, una tienducha hecha polvo, mal pintada, con las paredes sucias y con la puerta de madera más vieja que había visto en mi vida. Al entrar, nada más ver a Luz, el comerciante, un hombre delgado con cara de rata giró hacia una puerta detrás del mostrador.

—Sígueme Loxran, y permanece en silencio, la pasma siempre está rondando los alrededores.

Luz estaba sensiblemente más nerviosa de lo normal, inquieta.

Al entrar en la trastienda, aquel hombre con cara de rata se dirigió hacia nosotros.

—¿Qué traes esta vez? —aquél tendero parecía inquieto— ¿espero que hoy no me hagas perder el tiempo?

—Un reloj de oro macizo —contestó ella con una amplia sonrisa.

Y entonces aquel hombre rata, en voz muy baja, susurró algo casi imperceptible.

—Corred, están aquí...

Y Luz, como lanzada por un resorte, empezó a correr hacia la puerta.

—¡Corre Loxran, corre! ¡nos han tendido una trampa, la policía está aquí!

Y estaba en lo cierto, detrás de un armario salió algo, no tuve tiempo de observar qué ni quién, pero algo se dirigía inexorable hacia nosotros.

Luz corría a toda prisa por aquellas calles repletas de gentes y yo, escasos metros atrás, la seguía con el corazón palpitando como un tambor vikingo. Podía escuchar a mi espalda lo que sin duda era un agente de la ley haciendo sonar su silbato y gritando a las personas que deambulaban incrédulas.

—¡Al ladrón, al ladrón! —gritaba sin cesar aquel hijo de mala madre.

No podía acabar bien, o nos pillaban, o encontraban nuestro refugio. Las calles infectadas de gentes perjudicaban nuestro avance, y aunque éramos más rápidos que aquel hombre incesante, no teníamos donde ir, tarde o temprano acabaría pillándonos. Así que, por algún motivo que ni siquiera hoy consigo entender, me frené allí, en medio de los viandantes me quedé inmóvil, esperando que me atrapara. Al darse cuenta de mi ausencia, Luz se giró.

—¡Qué haces idiota, no te pares!

Sus ojos brillaron un instante, me miró perpleja y se dio cuenta que no iba a moverme, estaba decidido a sacrificarme

por aquella chica que apenas conocía, pero que sentía debía proteger por encima de mi propia existencia.

—¡Llega a nuestro escondrijo! —le dije confuso—, ¡y espérame allí!

Y ella, dudando un instante, se marchó.

Cuando aquel agente de la ley llegó a mi altura no dijo nada, me cogió de la oreja y me arrastró por aquellas calles infestadas de gente.

Al poco tiempo me vi en un callejón oscuro con la única compañía de mi captor y alguna que otra rata. Aquel hombre me miró a los ojos, unos ojos negros como la noche, llenos de ira, y extrajo la porra de su funda. Lo primero que sentí fue como si la cara se me partiera en dos, la luz y luego la sangre fluyendo por mi rostro. Luego sentí mi estómago estallar en un mar de intestinos rotos, un dolor indescriptible que dejó mi cuerpo sin aliento. Luego empecé a no sentir nada y sentirlo todo; los golpes eran continuos: costillas, piernas, espalda; todo se partió en aquel callejón oscuro, sucio, en aquel callejón de mala muerte. Me quedé roto, roto por dentro y por fuera, notaba el sabor de la sangre en mi boca y un dolor indescriptible que consiguió hacerme llorar: llorar por mi madre, llorar por mi vida, llorar de pena...

Lo último que recuerdo es a mi atacante meando sobre mi cuerpo, limpiando la sangre de mi cara sonriente, orgulloso por su gran logro, había conseguido doblegar mi cuerpo, pero no conseguiría jamás doblegar mi espíritu.

Pude ver algo ante mis ojos, la niebla comenzó a disiparse, mi cabeza daba vueltas, todo el mundo daba vueltas. Me sentía mareado y muy dolorido, agotado, mis sienes iban a estallar y otra vez vi la niebla, otra vez la oscuridad.

Desperté en medio de la noche y me di cuenta que estaba en casa, en mi casa, y vi a mi madre al lado del fuego, co-siendo y me sentí tranquilo, relajado, como si flotara inerte en una nube. Intenté acercarme a ella pero no podía, se alejaba de mí, estiraba mis brazos pero cada vez estaba más lejos, y de pronto la casa empezaba a arder, mi madre ardía, todo ardía, mis manos, mis piernas y no sentía nada. Mi madre se acercó, esta vez se dirigía a mis brazos, casi sentía su piel en la mía cuando paró frente a mí, no podía moverme y entonces, susurró algo en mi oído: «hijo mío, ha llegado tu hora».

Súbitamente me incorporé, sudoroso y desconcertado. Vi a mi lado a Luz pero no podía dejar de temblar, como si no controlara mi cuerpo, como si estuviese en una pesadilla de la que no pudiera escapar. Poco a poco fui tornando a ese mundo atroz, sin escrúpulos, a ese mundo que odiaba por lo que me había hecho.

—Tranquilo estoy aquí contigo, no te dejaré —susurraba mientras me mecía entre sus brazos.

Luz estaba a mi lado lanzándome aquellas dulces palabras y en aquel mismo instante, abrazado a ella, tembloroso y perdido en un mar de dolor, comprendí que la amaba, que la amaría el resto de mis días.

Las siguientes jornadas pasaron tranquilas, a cámara lenta. Luz permanecía casi todo el tiempo a mi lado, sólo cuando partía a desbalijar algún incauto viandante me quedaba en soledad, habitando en la más absoluta melancolía.

Por las noches el dolor se intensificaba y las pesadillas no dejaban descansar mi cuerpo. Soñaba con mi madre en llamas, con Walter diciéndome «adiós» una y otra vez y sobre todo no dejaba de ver a ese hombre bigotudo meándose en mi cara.

La rabia me consumía por dentro, sentía una impotencia terrible, tenía ganas de llorar, pero no lloraría, no delante de ella. Tenía alguna costilla rota y la mandíbula hecha añicos y sólo gracias a los rudimentarios vendajes que Luz me había colocado, poco a poco, muy despacio, mi cuerpo se iba recuperando de aquella terrible paliza.

Pasaron casi tres meses hasta que me vi con fuerzas para andar un poco, di una vuelta por los tejados, pensando en todo lo ocurrido, meditando. Cuando adentré mis manos en los bolsillos, como tantas veces efectuaba por la leve brisa que corría a esas alturas, encontré una nota en uno de ellos, en el derecho para ser exacto. Decía: «Loxran, cuando estés listo, ve a la librería de la calle Oxford; tu madre que te quiere».

Allí de pie, encaramado en los tejados de Londres aún dolorido por las heridas, sentí la brisa recorrer todo mi cuerpo, recorrer todos mis recuerdos, recorrer mis entrañas marchitas

por la pena y mi corazón estalló, estalló en un torrente de sentimientos y preguntas.

No entendía absolutamente nada.

Los siguientes días a la lectura de aquella intrigante nota fueron de una monotonía casi insoportable. Pasaba los días dándole vueltas a todo. ¿Cómo había llegado aquel papel a mi bolsillo? ¿Cuándo escribió mi madre aquella nota y por qué? ¿Qué encontraría en aquella librería de la calle Oxford?... Lo único que tenía claro era que debía resolver todo aquel entramado de puzles en el que se había convertido mi vida.

Le dije a Luz que debía ausentarme unas horas, ella se negó por completo a dejarme marchar en mí estado, pero no había nada ni nadie aquel día, el día que lo cambiaría todo, el día que descubriría la verdad de este mundo, que pudiera hacerme cambiar de idea.

La calle Oxford estaba plagada de tiendas, escaparates decorados con toda clase de colores y artilugios que pretendían atraer a aquellos transeúntes que tuvieran dinero para gastar, no era mi caso.

Como no tenía ninguna dirección, entré en la primera librería que encontré, una pequeña casita de color verde pálido

con la puerta de color azul. Aquella librería parecía más un burdel que un lugar donde saciar el hambre de lectura.

Al entrar encontré un pasillo muy oscuro, casi no podía apreciarse el final de la instancia, entrecerré los ojos al disipar una pequeña luz al final de aquel siniestro corredor, entonces oí una voz, una voz profunda, grave y melancólica.

—Pasa Loxran, llevaba dieciséis años esperándote.

CAPITULO 3  
LA VERDAD DEL  
MUNDO

La vela se acercó lentamente y pude apreciar tras su llama la estela de un hombre enorme, debía medir al menos dos metros y pesar no menos de ciento cincuenta kilos, nunca en mi corta existencia había contemplado a nadie de esas dimensiones.

Tenía el pelo negro como el carbón, muy frondoso y echado hacia atrás; llevaba unas gafitas minúsculas dándole un aspecto casi ridículo, y una gran papada relucía detrás de su frondosa barba azabache. Sus vestimentas eran anchas y oscuras, de un gris casi negro; como si la noche fuera a engullirte al verle aproximarse.

Pero no tenía miedo, aquel mastodonte conocía mi nombre y por lo tanto, a mi madre, y mi madre nunca me hubiese deseado ningún mal.

Siguió acercándose muy pausado, con movimientos casi imperceptibles, casi parecía flotar, y cuando se situó a escasos diez centímetros de mí, volvió a sacar a relucir aquella voz profunda, casi trascendental.

—Has venido hasta aquí para conocer la verdad sobre tu pasado, para conocer el porqué de tu peculiar vida, conocer que te depara el futuro, y para eso, joven Loxran, he esperado tu llegada más de tres lustros, sígueme.

Me situé tras la noche y transitamos por aquel estrecho pasillo, mientras, él iba encendiendo pequeños candelabros a su paso.

Al final de aquel corredor encontré una gran sala ovalada, repleta de libros y estanterías con el techo de cristal por el que se podía observar nítidamente el firmamento.

Aquel hombre colosal se sentó en una pequeña mesa rectangular ofreciéndome asiento con un gesto y comenzó a hablar de nuevo.

—Mi nombre es Melvin y soy astrofísico —dijo con un tono firme—. Mucho tiempo hace ya, un día como cualquier otro, tu madre entró por la misma puerta por la que tú has entrado en busca de la verdad. Portaba una túnica azul con ribetes dorados, ocultando su semblante bajo una capucha que casi no dejaba entrever sus ojos. Me relató una historia imposible, una historia inverosímil que acabé creyendo con todas mis fuerzas, pues mis ojos no mienten, mis ojos sólo captan la verdad, no se les puede engañar. Tu madre pensó que sólo alguien dedicado a la física en cuerpo y alma sería capaz de creer una historia como la suya; la historia de una madre que huyó de

su tierra para proteger a su vástago, para proteger el mundo, para darle una infancia que de lo contrario nunca hubiera podido poseer. Y de esa manera me anunció que en dieciséis años cruzaría mi puerta un muchacho, un ser especial al que debería transmitírsela, y puedo asegurarte joven Loxran, que sólo tus ojos te harán capaz de creerla. ¡ESTÁS PREPARADO PARA LA VERDAD!

Aquel grito me sobresaltó, me hizo retroceder unos centímetros y aquel hombre extraño clavó sus ojos, que asomaban tras aquellas gafas diminutas en los míos, esperando un signo de aprobación.

—¿Para eso estoy aquí no? —contesté con decisión, sin vacilar ni un segundo.

Todo aquello era muy extraño pero debía escuchar a aquel hombre, no perdía nada.

—Bien, empezaré por el principio —dijo aquel astro-físico—. Va a ser mucha información y tiendo a perderme por la senda de la Física, no puedo evitarlo, es mi pasión, así que abre tu mente de par en par: Tu madre llegó a la Tierra desde otra dimensión, desde un mundo llamado Dahora. Aunque se podría decir que en realidad tu madre nunca abandonó la Tierra, pero sí unió el paralelismo que las separaba. El ser está formado de materia, todo aquello que ocupa un sitio en el espacio, que se puede tocar, sentir, medir... y a la vez, formamos parte del multiverso: el universo que conoces con sus estrellas y planetas y sus infinitas dimensiones; realidades alternativas que coexisten en diferentes líneas temporales. Nuestro cuerpo reside en una dimensión, en la que nuestro cerebro nos dis-

tingue como materia, pero la materia está integrada por átomos, y los átomos pueden traspasar el continuo espacio-tiempo. Estos universos paralelos existen a menos de un milímetro de distancia de nosotros, de hecho, nuestra gravedad es sólo una débil señal de otro universo insertado en el nuestro. Por ello Dahora es diferente a la Tierra en muchos aspectos, pero a la vez mantiene una base en la que todas las dimensiones fluctúan, una base que hace que todo parezca familiar en lo elemental, pero a la vez muy diferente en lo fundamental. Dicha dimensión en la que espera tu madre estaba regida por tres poderosos dioses: Theran, Scomthro y Céritan, los encargados de gobernar a todos sus habitantes, de regirlos según unas leyes que ellos mismos habían dictaminado. Los tres dioses custodiaban cómodamente su dimensión hasta que uno de ellos, Céritan, deseoso de poder y a la espalda de sus hermanos, quiso crear un artefacto capaz de controlar el continuo espacio-tiempo, de interconectar todos los universos y así, de esta manera, viajar entre ellos a su antojo. Ese poder haría de Céritan el dios más poderoso de entre los dioses, pero debía haber un equilibrio, y la balanza no estaba de su lado. Temía ser descubierto por sus hermanos, aquel era un cometido complejo, arduo y prolongado y por lo tanto, si no quería que su propósito fuera desvelado, no debía involucrarse en aquella compleja creación. Por ello creó a los Ashtary, cuatro magos-guerrero expertos en el arte de la alquimia que serían los encargados de crear dicho nexo. Cada unión podía tardar siglos en conseguirse, era un trabajo laborioso, cansado, extenuante, pero finalmente, después de más de mil años de perseverancia, lograron crear el Libro de Conexión, un libro capaz de unir universos, de traspasar la línea que los separaba. El libro era único e indestructible, pero por el momento, sólo tenía la capacidad de viajar

entre dos líneas paralelas: La Tierra y Dahora. Cuando Theran y Scomthro descubrieron los planes de su hermano, los tres dioses se enzarzaron en una batalla que hizo retumbar los cielos del multiverso. Los Ashtary desaparecieron con el libro y finalmente, después de décadas de una lucha sin tregua, los tres seres más poderosos de la existencia se autodestruyeron mutuamente, dejando a su suerte a todos los seres que habitaban su propia creación. Los Ashtary, al verse liberados de sus grilletes y sin nadie que se interpusiera en su camino, no dudaron que aquel era el momento, el momento de conquistar el universo, de ser los amos de todo, los amos del tiempo y el espacio. Y así comenzó la Guerra del Dios Ausente, una guerra que duró apenas un año, una guerra que sesgó demasiadas vidas dahorianas, una guerra que sumió Dahora en un manto de oscuridad. Comandando un ejército de cien mil de sus fervientes servidores, los Ashtary sucumbieron a casi la totalidad de los habitantes de Dahora, y de no haber sido por tu madre, también habrían acabado esclavizando a la totalidad de la raza humana. Sin el libro perdieron la posibilidad de invadir la Tierra, pero los Ashtary son inmortales, la única manera de matar un Ashtary es que otro lo haga, por tanto, el tiempo no era un inconveniente para ellos y sin descanso, empezaron a crear otro artilugio, un artilugio mejor que uniera el paralelismo de todos los universos, la infinidad de líneas temporales, que les diera el poder que habían perdido, el poder de conexión, el poder para dominar el multiverso. La pregunta era... ¿Cuánto tardarían esta vez en conseguirlo?

Todo aquello me parecían una sarta de idioteces de una magnitud considerable, ¿pero por qué no seguirle la corriente a aquel enorme chalado? Antes de que pudiera seguir con sus

habladurías sobre mundos paralelos y magos de otras dimensiones le interrumpí.

—¿Entonces, si mi madre llegó desde Dahora hasta La Tierra —cavilé—, por fuerza llevaba consigo ese Libro de Conexión no?

Mis palabras sonaron más como una burla que como una pregunta realizada con interés. Mi interlocutor esgrimió una leve sonrisa que cada vez se expandía más en aquella monumental cara, y con una sonora carcajada me respondió.

—Por supuesto, tengo el libro.

Cuando tuve ante mí aquel ejemplar, no tuve la menor duda que algo extraordinario iba a suceder, no sabía exactamente qué ni cuándo, pero tenía la certeza que algo asombroso estaba a punto de acontecer.

Aquel manuscrito parecía vivo, de su cubierta emanaba una luz brillante, casi hipnótica, y estaba claro, que fuese lo que fuese aquel objeto, no era de este mundo.

No era muy grande, de unos treinta centímetros de altura y dos dedos de grosor. No contenía ninguna clase de inscripción, era liso por delante y liso por detrás, sólo aquella luz embriagadora hacía presagiar cual era su parte delantera.

—Hay algo muy importante que debes saber. El Libro de Conexión tiene dos usos bien diferenciados y es de vital importancia que entiendas su funcionamiento.

Melvin abrió el libro por el centro y pude atisbar en sus dos páginas centrales el dibujo de dos marcas negras en forma de mano, una en la página izquierda y otra en la página derecha sobre un fondo beige combinado con escrituras en un lenguaje ilegible para mí.

—Escucha atentamente lo que voy a decirte, de ello depende tu supervivencia —dijo concentrado—, la marca de la derecha sirve para viajar entre dimensiones sin el libro y la marca de la izquierda para llevarte el libro contigo en tu viaje inter-dimensional. Pero hay un pero como en todas las cosas, si decides llevarte el libro en tu viaje, no podrás volver a viajar con él hasta pasados dieciséis años, ni tú, ni nadie. No sé a qué se debe dicha espera, quizás su poder deba regenerarse de nuevo, no lo sé, lo que sí sé es que vi con mis propios ojos como tu madre posaba su mano en la marca derecha y se esfumaba sin más ante mis fascinadas pupilas. Antes de partir me hizo prometer que guardaría su secreto hasta tu llegada, y yo siempre cumplo mis promesas.

Estaba perplejo y confuso, pero lo que estaba claro es que aquel libro contenía algo fantasmagórico, espectral, me ponía la piel de gallina.

En parte, las palabras de aquel hombre tenían sentido, puesto que mi madre, al llegar con el libro en sus manos no podía regresar con él a su dimensión hasta pasados dieciséis años. ¿Pero si mi madre regresó a Dahora sin el libro, quién me había criado durante todos estos años? Melvin no tardó en disipar mis dudas.

—La mujer que te ha criado todos estos años no era tu madre, es todo lo que sé, no puedo ayudarte más, tu verdadera madre se marchó sin dar más explicaciones. Eso sí, y muy importante, me dijo que la buscaras en los Bosques de Verdadía, nada más.

El «shock» fue tan atroz que mi cuerpo no fue capaz de digerirlo, me desmayé. No sé el tiempo que pasé inconsciente, pero al despertar pensé que todo había sido un sueño, que estaba en mi cama, en mi casa con mi madre, que ella no había muerto, que mi hogar no había ardido... pero no, todo eso había ocurrido, por supuesto que sí y allí, enfrente de mí, estaba aquel hombre grotesco mirándome impasible.

Aquella mujer a la que tanto había amado y seguiría amando el resto de mis días no me había engendrado, o al menos eso era lo que aquel hombre afirmaba, no me había llevado en sus entrañas, y aún así, no podía sentir hacia ella otra cosa que no fuera un amor tan profundo como el que siente un hijo por su progenitor.

El destino me había jugado una mala pasada, había disfrutado riéndose de mí, pero ahora sabía cual era mi sino en la vida, debía encontrar a mi verdadera madre. No tenía porque creer las palabras de aquel gran hombre, pero en mi interior sentía que eran ciertas, así que me incorporé rápidamente y me dirigí hacia Melvin el astro-físico.

—Debo despedirme de alguien, pero volveré.

Sabía que si lo que había escuchado aquel día era cierto, Dahora sería un lugar peligroso, destruido por la guerra, sumido por la devastación, demacrado, pero no había vuelta

atrás, había tomado una decisión y era irrefutable. Los Bosques de Verdalia, allí debía dirigirme, ¿pero donde diantres estaban los Bosques de Verdalia?

Una locura, todo aquello era una auténtica y disparatada locura.

Cuando llegué a los tejados Luz no estaba y decidí esperarla. Pensé desde las alturas lo diferente que sería Londres de ser cierto lo que Melvin me había contado aquella tarde. Imaginé las calles en llamas, vi cadáveres agolpados por doquier, columnas de humo por toda la ciudad y gritos, muchos gritos de dolor... de ser todo cierto, mi madre era la salvadora de mi mundo.

Cuando Luz llegó, el Sol estaba en su ocaso, no me dijo nada y se metió en su pequeña «madriguera» sensiblemente enfadada. Entré detrás de ella.

—Siento haberme ausentado en mi estado —dije cabizbajo—, pero la verdad es que me encuentro mucho mejor, las costillas casi no me duelen ya, perdona si te he preocupado.

Luz se introdujo dentro de su cama y se arropó casi hasta la cabeza dándome la espalda.

—Pues sí, me he preocupado —murmuró visiblemente afectada—, pero a ti parece que te da igual. He estado cuidándote tres meses para que tú ahora te vayas sin dar ninguna explicación, ¿dónde has estado?

—Me voy Luz —dijo tajante—, no querría tener que hacerlo, pero tengo que irme.

Luz se giró sorprendida hacia mí sensiblemente afectada por mis palabras.

—¡Pues vete, no te necesito para nada! —dijo mientras volvía a darme la espalda acurrucada en su lecho.

Sabía que no sentía lo que decía, pero mi corazón acababa de partirse en mil pedazos. Aquella muchacha que me había acogido en su vida lo era todo para mí y no iba a marcharme sin abrirle mi corazón, quizás no volvería a verla nunca más.

—Luz, sólo quiero que sepas antes de que marche que te llevaré siempre en mi corazón y que no voy a olvidarte jamás pase lo que pase. Quizás algún día volvamos a vernos, pero si no es así, siempre serás esa chica de la que me enamoré cuando mi corazón estaba roto, perdido, tú conseguiste que volviera a latir, que volviera a sentir. Gracias por todo Lucía.

Me acosté a su lado, quería pasar mis hipotéticas últimas horas en la Tierra abrazado a ella, sintiendo su calor en mi cuerpo, pero ella no decía nada, seguía dándome la espalda en silencio.

Le acaricié el pelo y al rozar su piel sentí sus lágrimas en mis dedos, y padecí el azote del amor, pero no causó un daño instantáneo, más bien desgarró mi alma, un estigma imperecedero que no sanaría jamás.

Entonces, ante mi sorpresa, Luz se giró súbitamente hacia mí. Nuestras caras quedaron a una distancia que ni siquiera la pena hubiera sido capaz de discernir, tan cerca que sentí

su dulce aliento en mis labios, tan cerca que sus ojos se fundieron entre los míos. Percibí sus labios sobre los míos, una sensación dulce, tierna, húmeda, y en mi interior se desató la mayor de las tormentas, mi corazón vibraba, todo mi cuerpo vibraba al son de mis sentidos.

Casi sin darme cuenta Luz se posó encima mío, su largo pelo rubio oscilaba por aquel cuello de porcelana, por aquella piel pulcra sin imperfecciones, deseable. Se quitó la blusa y sus tersos pechos salieron a relucir, unos pechos perfectos, ni grandes ni pequeños, al igual que sus rosados pezones. Cogió mis manos y las posó sobre ellos, noté como sus puntas se clavaban en las yemas de mis dedos, ella me miraba sonriendo con un brillo en sus ojos azules que se adueñó de mí, que penetró en lo más hondo de mi ser.

Prosiguió su despojo hasta quedarse completamente desnuda, un espectáculo incomparable, la perfección en estado puro. Yo me dejaba llevar, allí, tirado, completamente entregado a mis deseos. Ansiaba que sucediera, que me poseyera, que me tomara allí mismo, que me entregara al frenesí y en un instante, los dos nos encontramos desnudos en aquel tejado de Londres, resguardados por un manto de estrellas; y sentía todo su cuerpo sobre el mío: sentía sus pechos, su sexo, sus labios; una calidez lujuriosa.

Luz me introdujo dentro de sí y empezó a mover aquella fina cintura en la que levemente se marcaban sus costillas sin interrupción, a un ritmo constante. Pasé mis manos por su espalda, recorriendo aquellas curvas llenas de deseo, notando cada arremetida de su cuerpo contra el mío. Finalicé aquel recorrido de placer atracando en sus nalgas, tersas, jóvenes,

apretándolas contra mí con fuerza, estaba desatado, en aquel momento éramos uno, no existía nada más.

Sentí un placer irreconocible mientras escuchaba los gemidos de aquella preciosa mujer: sus ojos cobalto, su pelo rubio como el oro, sus tiernos pechos, su fina piel rosada; toda una sinfonía de sensaciones que estalló en un torrente final de excitación que hizo temblar los cimientos de toda mi existencia.

Y Luz, sin mediar palabra, volvió a darme la espalda como si no le diera importancia a lo que acababa de suceder. No entendía nada, ¿me estaba castigando por irme y ese había sido su último intento por evitarlo?

No lo sabía, lo único que sabía era que debía partir, no podía demorar más aquel sufrimiento que suponía estar a su lado sabiendo que debía separarme de ella. Me incliné y la besé en la mejilla, me fui sin más y ella se quedó quieta, sin hablar. Me iba desolado y triste, profundamente decepcionado.

Volví al encuentro de Melvin, pero antes de entrar en la librería encontré un pequeño papel en mi bolsillo derecho, encontrar notas se había vuelto ya una costumbre.

La abrí y en ella se leía: «Yo tampoco te olvidaré jamás, siempre seré tu Luz».

Mis sentimientos encontrados hicieron que dudase en entrar por aquella puerta azul, pensé en volver y llevarla conmigo, en besarla, en abrazarla, en estar juntos por siempre; pero no podía hacerlo, no podía ponerla en peligro, la amaba demasiado. Al menos ahora partía feliz, sabía que Luz sentía

lo mismo que yo y en el fondo de mi corazón sabía, que algún día volvería a reunirme con ella.

Nada más entrar encontré a Melvin con el libro en sus manos, sentado en el mismo lugar en el que lo había dejado y su cara, reflejaba aquella luz pura y brillante.

Me acerqué con decisión, como quien va cegado por la ira, abrí el libro y posé mi mano sobre la marca izquierda, agarré del brazo a Melvin que se sorprendió ante aquella súbita reacción, intentó zafarse de mí, pero no pudo, y una intensa luz nos engulló en un abrir y cerrar de ojos.

Me marchaba a Dahora, el libro se venía conmigo y también un inesperado acompañante.

# CAPITULO 4

## DAHORA

No podía abrir los ojos, intentaba hacerlo pero el exterior estaba demasiado iluminado. Notaba arena en mis pies, metiéndose por mis zapatos y bastante calor, mucho calor. Poco a poco mis ojos fueron adaptándose a aquella intensa luminosidad y no sin esfuerzo, empecé a dilucidar un fuerte color amarillo, miré hacia mis pies y sólo podía ver arena, una arena brillante, limpia, casi parecía estar sobre millones y millones de granos de oro. Y sí, entonces me di cuenta, estaba en medio de un enorme desierto: un enorme y bello desierto de fina arena resplandeciente.

El descomunal sol lanzaba sus rayos sobre aquellos granitos que proyectaban una luz que en el planeta del que venía jamás hubiera sido posible. Estaba en Dahora, y claramente aquello no eran los Bosques de Verdalia.

Me sobresalté de pronto al no ver a Melvin a mi lado, no estaba allí, ante mí sólo podía verse un vasto y majestuoso desierto de luz amarilla. Nada nuevo bajo el sol, otra vez solo

ante el peligro, arena y más arena, no sobreviviría demasiado tiempo sin agua, debía moverme hacia algún lugar, ¿pero hacia dónde?

El libro seguía en mis manos como había predicho Melvin «la marca izquierda para llevarte el libro contigo». ¿Dónde estaría mi gigantesco astrofísico? No era el momento de hacerse preguntas, era el momento de salir de aquel montón de arena que sin duda acabaría con mi vida si me quedaba allí parado sin hacer nada.

Até el libro a mi cinturón como pude y empecé a andar sin rumbo en busca de algo que pudiera darme alguna pista sobre el paradero de mi madre. Debía ir con cuidado, pero si algún esbirro de los Ashtary me encontraba allí, sería imposible huir, y mi viaje a Dahora habría resultado corto y doloroso.

Tras varias horas deambulando sin un destino fijo, encontré semienterrada en la arena una túnica raída, de color gris. Tiré mis viejas ropas y me la puse, me ayudaría a pasar desapercibido y además, disiparía mejor de mi cuerpo aquel insostenible bochorno. Escondí el libro en un bolsillo interior de aquel ropaje, allí estaría fuera del alcance de quien no debía verlo, su luz se perdió dentro de mi nueva indumentaria.

Seguí andando y andando y mi cuerpo empezaba a sentir la falta de líquido: tenía los labios resecos, me dolía la cabeza... la deshidratación estaba empezando a doblegarme, no duraría mucho más.

Llegó la inevitable oscuridad y mi cuerpo cedió ante el sueño, el sopor era irresistible, caí sobre la arena, caliente, y me dejé engullir por aquel mar de dunas.

Noté el jugo de la vida en mis labios, el agua rozaba mi boca y bebí, bebí como si no hubiera bebido nunca. Aquel sol incesante estaba de vuelta, abrí los ojos levemente y vi ante mí a un individuo ataviado con un turbante enorme que cubría prácticamente la totalidad de su cara. Se acercó a mí, dándome más agua de beber.

Aquel ser vestía completamente de blanco, ni siquiera podía verle los ojos, llevaba una especie de traje envuelto por todas partes, parecía como si aquellas telas estuvieran a punto de estrangularle.

Estiró su mano y me incorporé; aquel brebaje me había dado las fuerzas suficientes para hacerlo. Mi salvador se quitó aquel dantesco turbante y al hacerlo, sacó a relucir un rostro de porcelana, de unos treinta años, pulcro como no había visto nunca antes.

Su piel era como de barniz, sin imperfecciones, lisa como la envoltura de una manzana. Podía parecer humano, pero al acercarte podías observar pequeños matices que lo hacían diferente.

Pude observar que aquella elegante faz tenía las orejas pegadas completamente a su cabeza, y su testa era más ovalada que la mía, a excepción, únicamente, de una perfecta y pequeña nariz. Sus labios eran corrientes, pero sus ojos tenían un tenue color anaranjado, y eran grandes, como los de

un felino. Tenía el pelo negro y largo, echado hacia atrás recogido en algunos puntos por largas trenzas, trenzas atadas con largos hilos carmesí. Calculé que debía medir sobre un metro-ochenta y era delgado, esbelto.

Aquel ser era exuberante, majestuoso, como cuando tienes ante ti a un purasangre bruno de piel brillante relinchando sobre sus patas traseras. Estaba claro que aquel ser no era humano, probablemente había dado con el primer habitante de Dahora, ¿un dahoriano quizás?

Se acercó más a mí y pude ver reflejada en aquella piel mi rostro, ¡había cambiado, era como aquel ser, mi cuerpo se había transformado en el viaje y ni siquiera me había dado cuenta; Mi cara era mi cara, pero se había adaptado a aquel inhóspito planeta: mis orejas, mi nariz, mi piel...

Empecé a sentir ansiedad, mareos, todo aquello me venía demasiado grande, pero ya no podía hacer otra cosa que seguir adelante. Entonces escuché la voz de aquel extraño ser por primera vez.

—¿Te has perdido? ¿O estas disfrutando de un viaje por el desierto?

Su voz era grave, seca y se notaba que era alguien acostumbrado a deambular por aquellos parajes.

—Me dirijo a los Bosques de Verdalia —reconocí como quien sabe lo que está diciendo.

—Pues te queda un largo camino, si quieres puedo acompañarte hasta Márillon, me dirijo hacia allí. A propósito, mi nombre es Atros.

Asentí y aquella criatura empezó a andar entre las dunas con una soltura fascinante, como si sus pies no se hundieran en la arena, como si para él no hubiera desierto. No tenía ni idea de que me encontraría en Márillon, pero aquel ser no debía saber quién era, y por lo tanto, las preguntas quedaban apartadas para otro momento.

Andamos no más de cinco horas y súbitamente, al subir lo alto de una duna pude ver como todo lo amarillo se tornaba verde. El desierto acababa de pronto, y de pronto empezaba una frondosa pradera repleta de árboles de todas las formas y maneras posibles. Estaba claro que aquel era un planeta de bruscos contrastes.

Aquel paisaje era precioso, con cascadas que se disipaban a lo lejos, ríos de agua cristalina, árboles enroscados entre sí que terminaban en frondosas copas esmeralda. El cielo era de un azul perfecto, sin nubes que enturbiaran aquel mural en movimiento.

Pude observar que al entrar en aquella marabunta de colores, la temperatura bajaba considerablemente hasta alcanzar un ambiente realmente placentero; se podría decir que aquel lugar debía parecerse bastante al Edén descrito en La Biblia ¡Aquello eran auténticos microclimas y no los de la Tierra;

Mi acompañante se detuvo al lado de un pequeño arroyo y de un eficaz tirón se deshizo de aquel ropaje blanco que llevaba y en un pis pas, se equipó con un atavío bien diferente, ahora portaba una especie de traje extraño, como el de un tirolés pero de color negro y más parecido a una armadura, vamos, de lo más singular que había visto nunca.

—¿Queda mucho hasta Marillon? —pregunté aprovechando aquel momento de relax.

—Unas siete horas —dijo aquel ser singular—. ¡De dónde has salido tú, todo el mundo en Dahora conoce Márillon!

—Sufrí un accidente hace unos días —mentí descaradamente—, y me golpeé la cabeza, no recuerdo absolutamente nada, voy un poco perdido, lo único que recuerdo es que me dirigía a los Bosques de Verdalia. A propósito, todavía no te he dicho mi nombre, es Loxran.

No creo que aquel «dahoriano» llamado Atros se creyera ni un ápice de aquella sarta de mentiras, pero eso no me importaba, en cuanto llegara a Márillon seguiría mi camino en solitario, no podía confiar en nadie, debía encontrar a alguien capaz de responder a todas mis preguntas sobre aquel planeta, o dimensión, o lo que fuera.

Hasta ahora no había visto síntoma que me hiciera pensar que aquellas tierras estaban bajo el yugo de ningún tirano, o más concretamente de los Ashtary. Al llegar a mi siguiente destino debía encontrar una biblioteca o algo parecido para averiguar más cosas sobre aquel lugar en el que me encontraba.

Seguimos avanzando por aquel jardín multicolor, mis ojos no dejaban de mirar a todas partes inquietos, sobrecogidos por aquel fastuoso espectáculo. La fauna de aquel lugar también era diferente a la de la tierra, pude observar incluso mariposas del tamaño de un águila. Iba tan ensimismado obser-

vando aquellas maravillas que no me percaté que mi compañero se había detenido a mi delantera y me di de bruces contra él. Ladeó lentamente la cabeza hacia mí.

—No te muevas ni un milímetro, algo nos está acechando.

Casi no tuve tiempo a digerir aquellas palabras cuando mi compañero, sin más explicaciones, me empujó súbitamente lanzándome por los aires a una distancia más que considerable. Di de bruces contra aquel terreno levantando una gran polvareda, giré la vista hacia él, no veía nada, aquel polvo era espeso como la niebla, pero se esfumó inevitablemente y pude ver a aquel «dahoriano» de pie, rígido, en frente de una especie de pantera negra del tamaño de una mula.

Aquel animal de musculatura esbelta giraba alrededor de su presa mostrando unos colmillos descomunales, de al menos diez centímetros. Yo estaba allí tirado, a una distancia segura, petrificado, observando aquella inevitable refriega.

Atros seguía impassible, totalmente quieto mientras aquella criatura amenazaba con sus brillantes cuchillas. Y se abalanzó sobre él, con sus inmensas zarpas intentaba rasgar la vida de su presa, pero ésta, con un rápido movimiento inclinó su cuerpo hacia atrás casi tocando con la cabeza sus talones, esquivando limpiamente la acometida de aquel fiero agresor.

Volvían a estar acechándose, mirándose fijamente el hombre y la bestia, y pude observar como Atros sacaba muy lentamente una especie de daga de un lateral de su negra armadura «tirolesa», y sin dar tiempo a nimiedades, se lanzó hacia la que ahora era su presa.

Dos trenes de carne y hueso se dirigían uno hacia el otro rastreando su inevitable final, allí, en medio de aquel paraje, rodeados de árboles de una perfecta sincronía, se iba a decidir aquella despiadada contienda. Pero Atros sabía que no había llegado su hora y con un salto acrobático, colocando sus dos piernas juntas hacia delante, pasó por encima del lomo de aquel hermoso animal, rasgando su piel con la daga como quien corta mantequilla para untar en una rebanada.

Cayeron los dos, sólo uno quedaba con vida; la pantera había fracasado.

Mi compañero de trayecto se quedó allí de pie, mirando aquel animal muerto, bañado en la sangre de su víctima y su semblante era triste, de pena, no había disfrutado acabando con la vida de aquel noble ejemplar.

—Esta noche dormiremos aquí —me comunicó jadeando— ya tenemos comida para la cena.

Después de comernos aquel animal, Atros se ofreció a hacer la primera guardia; yo le observaba como al lado del fuego, afilaba aquella daga que momentos antes había expirado la vida de aquella sabrosa pantera negra.

Mientras me hacía el dormido no podía dejar de pensar. ¡Aquél ser era extraordinariamente ágil, un superdotado! ¿Serían así todos los habitantes de Dahora? No lo sabía, pero sí sabía que aquel hombre podría serme de gran ayuda en mi cometido. Me incorporé lentamente, dispuesto a comprobar si la fortuna seguía de mi lado.

—Atros, debo contarte algo —confesé decidido—, no soy quien crees que soy.

Mi compañero de aventuras se volvió hacia mí al mismo tiempo que enfundaba su daga.

—Por supuesto que sé quién eres joven Loxran —reconoció sonriendo—, tu madre me envió aquí a buscarte. Estaba observándote, intentando averiguar en qué clase de hombre te habías convertido en la Tierra.

Aquel hombre había jugado conmigo pero no me importaba. Aquel dahoriano era todo lo que había estado buscando, él me llevaría hasta mi madre, aquel hombre disiparía todas las dudas que contaminaban mi ser. Había llegado el turno de las preguntas.

—¡Atros, quiero que me lo cuentes todo! ¿Qué hago aquí? ¿quién es mi madre? ¿y mi padre? ¿dónde están los Ash-tary?...

—Primero lo más importante —demandó impaciente— muéstrame el libro.

Saqué el libro del bolsillo; su inagotable luz emanaba sin interrupción y Atros se quedó extasiado, pude verlo en sus ojos anaranjados, y lo cogió.

—¡Con el libro y contigo es posible Loxran! ¡tu madre estaba en lo cierto, lo estaba y muchos de nosotros no la creímos!

Estaba eufórico, sostenía el libro en alto como quien sostiene su propio corazón, la esperanza brotaba de aquel hombre como la hierba brota libre en una pradera. Me abrazó con fuerza, tanto que casi no podía respirar y por primera vez, vi la sonrisa en aquella cara de porcelana.

—Ahora habla por favor, necesito respuestas —dije impaciente.

Lo necesitaba, necesitaba saber para seguir viviendo y no caer arrastrado por una incontrolable locura. Atros se tumbó boca arriba al lado del fuego, mirando al cielo como si de aquellas estrellas fueran a emanar parte de sus recuerdos.

—Bien, allá voy... Tu madre, Alexa, nos contó la historia de tu nacimiento hace ya dieciséis años. Nos contó como huyó con el Libro de Conexión hacia la Tierra y como allí dio a luz a un pequeño ser al que llamó Loxran. Volvió a Dahora sin el libro esperando que aquel niño regresara al lugar en el que fue gestado dieciséis años más tarde. Tu madre lo preparó todo para que esto ocurriera, y por ello, envió a mil de sus mejores hombres a buscarte, mil guerreros dahorianos a los que repartió por todo lo ancho de estas tierras con la esperanza que alguno diera contigo. Después de la batalla en la Llanura de Éntalon, la cual enfrentó a los dos mayores ejércitos conocidos, el mundo se sumergió en una era de oscuridad Ashtary. Aquella batalla decidió la guerra, por un lado los Ashtary encabezaban un ejército de cien mil Kadjakis, engendros creados a partir de vida, de la esencia de vida, y por otro lado, una milicia de no más de treinta mil hombres libres luchaban por dar un futuro a su planeta, un futuro para sus hijos. Fueron masacrados, incluso el mismísimo rey Tuqjaklor murió en aquella cruenta batalla. Los Ashtary quisieron dar ejemplo, por

si algún día alguien osaba volver a enfrentarse a ellos. Así acabó la Guerra del Dios Ausente, una guerra que duró apenas un año, una guerra en la que Dahora perdió, una guerra que corrompió nuestro mundo. La batalla acabó, pero la resistencia no da por perdida la guerra, y ahora que estás aquí todo cambiará, contigo recuperaremos la esperanza, contigo recuperaremos la fe. Debemos llegar a los Bosques de Verdalia, pero antes pasaremos por Márillon a buscar a un compatriota.

Todo aquello me resultaba familiar, no distaba demasiado de la historia que me había contado el desaparecido Melvin, pero no era suficiente, tenía muchas más preguntas.

—¡Espera espera, tengo más dudas que resolver! ¿Cómo es que todo esto está tan tranquilo, no parece que estemos en un planeta en guerra? y, ¿por qué se tienen tantas esperanzas puestas en mí, sólo soy un muchacho normal y corriente?

—A tu primera pregunta responderé que lo que has visto hasta ahora es sólo una ínfima parte de lo que esconde Dahora, un grano de arena en el desierto: verás cosas que tus ojos dudaran en creer, olerás sangre en los caminos, recorrerás parajes insondables, alcanzarás cimas inalcanzables... tranquilo Loxran, hallarás la desesperación en estas tierras, no tengas prisa en encontrarla. A tu segunda pregunta —prosiguió—, responderé que para nada eres un muchacho normal y corriente, no puedo decir más, tu madre dio órdenes específicas de que así fuera.

Estaba claro que disipar todas mis dudas era una cábala en aquel momento, así que me dispuse a emprender el viaje de mi vida, y en el fondo de mi corazón sentía, que quizás sería el último.

Aquel color verde intenso que nos había acompañado durante la mayor parte de nuestro trayecto se iba tornando pálido por momentos. La majestuosidad de aquellos parajes se iba perdiendo dando a relucir algo mucho más tenebroso, desagradable.

Apareció una molesta neblina que dificultaba aquella travesía y las zonas pantanosas empezaban a ser cada vez más frecuentes. Los árboles habían perdido su plumaje y no mostraban más que ramas secas, negras, formando grotescas formas casi fantasmales. La temperatura había bajado considerablemente, y sumándolo a lo enfangado del camino, mis pies pedían a gritos la lumbre de una hoguera.

Hacía un buen rato que Atros no decía nada, parecía que aquella travesía fuera un camino de rosas para él.

Seguimos avanzando bajo aquel cielo negro que no dejaba manifestarse al sol, estaba agotado, no sabía si era tarde o temprano y entonces, ante la neblina vi algo. Atros se detuvo y se giró hacia mí.

—¿A que no te la habías imaginado así? Bienvenido a Márillon.

Un montón de casas en ruinas, eso era Márillon. Casas de madera de baja altura semiderruidas una al lado de la otra, un espectáculo deplorable. Al entrar en aquella maraña de casas viejas, arrojadas por una bruma persistente, sentí como si deambulara por una ciudad perdida dejada de la mano de Dios, una ciudad fantasma.

Las calles estaban desiertas, no se veía luz en las ventanas, ni en los fanales, sólo niebla. Si no hubiera ido acompañado, probablemente no hubiera tenido la osadía de adentrarme en aquella tétrica urbe. Pero Atros me daba seguridad, si me consideraba una pieza clave en su lucha, no dejaría que me ocurriese nada malo.

Seguimos avanzando, eché un ojo al libro que me había llevado hasta aquel montón de madera podrida; solía hacerlo cada poco tiempo, aquella luz que emanaba era reconfortante, como la luz del fuego una noche fría de invierno. Atros se detuvo.

—Es aquí, la posada la Niebla Esquivia, aquí encontraremos a Límpero, un amigo y fiel servidor a tu madre.

Aquella puerta de madera sí emanaba luz, y de sus adentros emergía un leve susurro a música. Cuando Atros abrió aquel pórtico viejo se desató la locura, los sonidos se entremezclaban dando a relucir un jolgorio desatado. El sonido de las jarras de cerveza repicando entre sí, la música estridente de un violín, las risas de hombres y mujeres ebrios...aquella posada se caía a pedazos, como todos sus inquilinos.

Tenía una barra a unos diez metros de la entrada y un sinfín de mesas al borde del colapso se desperdigaban por aquella Niebla Esquivia. Había que admitir, al menos, que el nombre de aquella posada era de lo más acertado. Atros se dirigió hacia el mostrador con su habitual talante, esquivando a putas y borrachos con una soltura difícil de igualar. Las mujeres descansaban sus traseros en las rodillas de aquellos hombres borrachos sedientos de sexo desmedido, de lujuria.

Finalmente alcanzamos la barra, no sin ser regados antes de cerveza y líquidos varios. Atros se colocó al lado de un hombre de gran envergadura, de pelo rojo y largo, con una gran barba adornada con dos largas trenzas a cada extremo.

Llevaba una especie de coraza de piel marrón oscura, semejante a las que llevaban los vikingos allá por el siglo VI después de Cristo. Cuando aquel gran hombre se percató de la presencia de mi acompañante se sobresaltó de inmediato.

—¡Hombre, por fin ha llegado el gran Atros, defensor del débil, protector del desvalido! —dijo aquel gran hombre pelirrojo.

Atros sonrió moviendo su cabeza como quien está delante del que no tiene remedio.

—¡Límpero, borracho como pocos, bruto como nadie!

Los dos hombres soltaron una gran carcajada y se fundieron en un abrazo como sólo dos grandes amigos podían darse. Atros se dirigió a su recién encontrado compatriota.

—Si llevas mucho esperando lo siento buen amigo, hemos encontrado algún que otro contratiempo en nuestra travesía.

—No te preocupes —dijo Límpero con su barba roja empapada en cerveza—, ¡rodeado de fulanas y todo el día borracho se me ha pasado volando!

Los dos amigos volvieron a reír despreocupadamente.

—¿No cambiarás nunca verdad, bestia inmundada? —dijo Atros sonriente—. Bueno, dejémonos de tonterías, traigo conmigo al muchacho.

El semblante de aquellos dos dahorianos pasó de la dicha a la solemnidad en un segundo. Límpero instó a que le siguiéramos y se metió por una puerta que había detrás de la barra de aquel andrajoso antro de mala muerte.

—Bien —dijo el pelirrojo con un semblante serio—. Mañana al amanecer partiremos hacia Verdalia, tengo preparadas provisiones, caballos, armas... ¿dónde has encontrado a Loxran? ¡me he quedado de piedra cuando le he visto, Alexa va a ponerse como loca!

—Lo he encontrado por casualidad cuando venía a tu encuentro, al borde de la muerte en el desierto de Orocre, designios del azar supongo.

Límpero asintió y pude apreciar que sus ojos eran de un azul intenso, acuático. Su piel era también lisa, como si fuera de cera, pero su color era más tostado que el de Atros. La compañía de aquel hombre alto, fuerte, decidido, nos vendría muy pero que muy bien.

Quiso ver el Libro de Conexión, como era lógico, y al igual que Atros su rostro iluminado por la luz reflejaba esperanza, y me dio miedo, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, porque si se pierde la esperanza, ya no queda nada.

Cenamos y dormimos en aquel sucio lugar y llegó la mañana. Salimos al exterior por una puerta trasera que daba a un pequeño camino repleto de hojas secas. Parecía que la

niebla iba a darnos un respiro, pero en cambio, se había levantado una leve brisa que mecía las hojas con dulzura.

Límpero apareció con tres caballos, tres luceros pardos bien equipados. Aquellos animales se asemejaban bastante a los de la tierra, a parte de sus orejas más largas y puntiagudas, además eran sensiblemente más altos.

Ahora podíamos ir más rápido y a la vez más seguros, pero como bien suponéis, era la primera vez que estaba ante uno de aquellos animales. No dije nada y me limité a ir haciendo lo que hacían los demás, aunque necesité de la ayuda de Atros para alcanzar su lomo.

—¡Casi se me olvida! —reconoció Límpero sobresaltado— os he preparado unos regalitos.

Volvió a adentrarse en aquella posada y al poco tiempo salió con unos ropajes liados en sus manos parecidos a los que él llevaba.

—Para ti y para ti.

Era una armadura de piel ligera y allí mismo me la puse, cómoda y flexible. Tenía las hombreras de pelo gris y unas ataduras de cuero granate que me hacían parecer allí, encima de mi montura, un auténtico guerrero dahoriano.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Verdalia? —dejé la pregunta en el aire para que contestara cualquiera de mis dos acompañantes.

—Depende de muchos factores —dijo Límpero pensativo, como pre-visualizando aquel recorrido por efectuar—, si todo

va según lo previsto, en una semana deberíamos estar con tu madre. Debemos cruzar las Colinas Níveas y llegar a la zona Ashtary, allí Verdalia está a tiro de piedra.

¡Una semana! nunca pensé que aquel fuera a ser un viaje tan largo, pero fuera lo largo que fuera, debía efectuarse.

Emprendimos el camino. La verdad es que mi caballo era muy dócil, tranquilo, se dejaba manejar bien. El paisaje no era demasiado agradable, aquel sinfín de ramas secas, de barro, de tristeza nos seguía escoltando. Límpero y Atros transitaban unos metros por delante de mí hablando sin parar, podía escuchar palabras sueltas: que si los Ashtary, que si los Kadjaki, el Libro de Conexión... Empezaba a anochecer, sólo habíamos parado una hora a comer y apenas otra para cenar.

La luna llena, mayúscula, iluminaba el trayecto y yo me moría de sueño, mis parpados habían sucumbido al cansancio, tantas horas a caballo habían llevado mi cuerpo al límite de sus fuerzas. Pegaba cabezazos encima del caballo, noté un fuerte golpe en mi nariz; me había quedado dormido y había golpeado la cabeza de mi montura, que asustada, me había devuelto el golpe.

—¡Dios, vaya golpe, creo que me he roto la nariz! —soné como un chiquillo que acababa de pelarse las rodillas, me sentí ridículo.

Atros y Límpero se detuvieron al instante girando sus caballos hacia mí, yo mientras tanto, sangraba por aquellos dos orificios como un gorrino el día de matanza. Atros se acercó.

—A ver, déjame mirar —murmuró mientras me apartaba las manos de la cara—. No es nada, toma este trapo, mantenlo un rato y la sangre se cortará, creo que va siendo hora de acampar.

Asentí y de pronto, a lo lejos, se pudo escuchar claramente un aullido desgarrador, casi un grito de dolor, un sonido desagradable que no podía presagiar nada bueno.

Atros miró rápidamente a nuestro amigo pelirrojo, se quedaron unos instantes así, mirándose, sopesando la situación, Atros me miró sobresaltado.

—¡Loxran, baja del caballo y sube atrás mío! ¡coge todo lo que puedas llevar y tú, Límpero, galopa raudo, no te detengas, son Brúgalos!

¡Brúgalos! ¿Y que eran los Brúgalos? No lo sabía, pero mis dos acompañantes estaban inquietos y por primera vez pude ver el miedo en sus ojos. Me aseguré de llevar el libro bien amarrado a mi cinturón y poco más: una bolsa con manzanas y un poco de agua fue todo lo que pude llevar conmigo. Subí a la parte trasera de mi nuevo transporte sin dejar de oír aquellos grito-aullidos mefistofélicos.

Límpero se adelantó unos metros, su caballo debido al peso era más rápido que el nuestro. Me agarré con todas mis fuerzas a Atros mientras veía como mi pobre montura se iba quedando atrás. Seguí con la vista a aquel pobre animal abandonado a su suerte, sentí el sabor de mi sangre en la boca, seguía sangrando y entonces, vi una escena espeluznante: unos animales negros con forma de zorros se lanzaron sobre mi caballo mordiéndolo todo: cuello, piernas, cabeza... tripas

y vísceras se remolinaban entre aquellas feroces criaturas mostrando una visión macabra, terrorífica. Aquello eran los Brúgalos: asesinos despiadados de cuatro patas, negros como la nada.

Los teníamos tras nosotros, a la derecha, a la izquierda, pude observar algo de aquellos animales que me dejó helado ¡no tenían ojos! sólo pelo negro, brillante, y nos estaban dando caza.

Al menos veinte de aquellos animales nos atormentaban por todas partes aullando y chirriando aquellos dientes afilados deseosos por dentellear. Algunos de ellos, los que nos seguían por detrás, mostraban sus fauces rojas exhibiendo los restos de mi anterior transporte. Atros gritó hacia Límpero, pero este parecía no escucharle.

—¡Dirígete hacia la Senda Perdida! —repetía una y otra vez mientras galopaba todo lo raudo que podía.

Límpero frenó un poco su caballo y se situó a nuestra altura.

—¿Estás loco? —dijo hacia Atros mientras movía su cuerpo al compás de su montura—. ¡Sería como escapar del fuego para caer en las brasas, pero confiaré en ti mi loco amigo, prefiero morir de pena que destrozado por estos malditos animales del demonio!

Límpero arrió con fuerza su caballo y se alejó de nosotros lanzando a los cuatro vientos dispares maldiciones en dirección a aquella Senda Perdida.

Los Brúgalos parecían no sentir el cansancio, poco a poco el cerco nos abrazaba con más fuerza, aquello tenía ciernes de acabar en una escabechina, en muerte.

Un Brúgalo se lanzó desde un costado y alcanzó el brazo de Atros.

—¡La daga Loxran, coge la daga y clávasela en la cabeza!  
—exclamó con un semblante de dolor.

Vi como los dientes de aquella bestia desgarraban la piel de Atros, como la sangre se metía en la boca de aquel Brúgalo. Me quedé petrificado, pero finalmente saqué la daga de su funda y la sumergí en aquel negro pelo, justo donde debían estar los ojos. El grito de aquella bestia dolió en mis oídos mientras sus compañeros de refriega se apartaban para no colisionar con aquel Brúgalo herido de muerte que rodaba hacia ellos.

Al instante sentí un dolor intenso en mi pierna derecha. A la altura de mi pantorrilla colgaba otro de aquellos bichos infames. Notaba como sus fauces la apretaban con tanta fuerza que creí que iba a arrancármela de cuajo. Cogí la daga y la clavé con fuerza en su lomo, pero no se soltaba y volví a clávarsele, y volví, y volví otra vez, no sé cuántas veces agujereé aquel negro cuerpo pero finalmente aquel Brúgalo cayó como su anterior compañero, rodando y gimiendo su último aliento.

Los aullidos se intensificaron, aquellos Brúgalos emitían su grito al unísono, como si se estuvieran comunicando entre ellos. Estaban por todas partes, cada vez más cerca de nuestros caballos y cada vez los aullidos eran más largos y estridentes.

—¡Saben hacia dónde nos dirigimos! —dijo Atros jadeando—, ¡saben que tienen poco tiempo si quieren acabar con nosotros!

Podía sentir las palabras de Atros, tenía abrazado aquel hombre con tanta fuerza que podía escuchar su corazón, aquel corazón que nunca se rendiría.

—¡Prepárate para saltar del caballo cuando te lo diga, sólo tendremos una oportunidad Loxran! —sus palabras sonaron decididas, exentas de miedo.

Los Brúgalos intentaban atacar nuestros caballos, sabían que si caíamos seríamos una presa fácil, habían decidido lanzar su ofensiva final, acabar con aquella larga persecución de una vez por todas.

—¡Ahora, salta!

Salté con decisión, los dos lo hicimos a escasos metros de aquellas alimañas y sus mandíbulas incesantes, no sobreviviríamos a aquella caída.

Rodamos por el suelo mientras el caballo seguía su rumbo, los Brúgalos nos atacaron pero desde el suelo Atros pudo contenerlos con su daga matando a dos de ellos, pero de pronto, eran más de veinte acercándose lentamente, exhalando el último aullido antes de darse un festín con nuestras vísceras. Tuve que apartar a patadas a más de uno mientras Atros seguía liquidándolos con su daga como po-día, no duraríamos ni un segundo más, por suerte Límpero acudió en nuestro auxilio, nos ayudó a incorporarnos mientras contenía con su larga

espada a aquella manada de sanguinarias bestias, y enseguida, me arrastraron hacia una grieta en la montaña, una especie de pequeño pasadizo que había justo detrás de nosotros.

Aquella grieta no tenía más de medio metro de ancho, me recordó al pasadizo por el que accedíamos a los tejados en Londres.

—Estamos a salvo —dijo Atros jadeando.

¡Dónde diablos nos habíamos metido! Ni siquiera aquellos Brúgalos emergidos de las sombras se atrevían siquiera a acercarse a aquella pequeña grieta en la montaña. Allí estaban, desolados por su frustrado ataque, mostrando sus colmillos amenazantes; sólo tenían que entrar a por nosotros y destrozarnos con sus afiladas navajas, pero tenían miedo de seguirnos, sentían terror por aquel corte en la montaña.

Del exterior se podía escuchar el sufrimiento de nuestros caballos al ser devorados vivos por aquellos ciegos animales demoníacos, un relinchar de dolor que ponía los pelos de punta.

—¿Cómo pueden vernos si no tienen ojos? —pregunté.

—Son Brúgalos de sangre y pueden olfatear la sangre a kilómetros de distancia —aclaró Atros—. Se guían por el sonido aparte de poseer un olfato sobrenatural, capaz de olisquear el rojo líquido a una distancia considerable. Tu inesperado accidente ecuestre casi nos cuesta la vida, pero la culpa ha sido mía, debí ser más precavido y tomar otro camino, los Brúgalos

sólo merodean esta zona, he sido un idiota —aseguró sensiblemente afectado por su error.

—Hay que seguir, retroceder no es una opción, los Brúgalos no van a marcharse —constató Límpero tras un buen lapso de tiempo en silencio.

Avanzamos un poco por aquellos angostos túneles y entonces me di cuenta ¡no tenía el libro en mi cinturón! se me debía haber caído entre todo aquel caos. Cuando estaba encima del caballo estaba seguro de llevarlo, así que debió caerse justo a la entrada de la senda, al saltar del caballo en marcha.

Hice ademán de volver por él, pero al girarme, la entrada de aquella estrecha senda había desaparecido, se había volatilizado, aquellas piedras parecían tener vida propia. Se lo dije a Atros.

—¡Mierda, tendremos que volver por él! —exclamó sensiblemente afectado—, no sé cómo pero... ¡mierda, mierda, mierda, mierda!

Atros se desplomó en aquel pétreo terreno, se echó las manos a la cabeza desolado, se balanceaba adelante y atrás y no dejaba de farfullar una y otra vez las mismas palabras: «Sin el libro estamos perdidos, sin el libro estamos perdidos, que he hecho, la culpa es mía, que he hecho...».

Límpero se acercó a aquel hombre desolado y le ayudó a levantarse.

—Tranquilo Atros, viejo amigo, piénsalo, el libro está a buen recaudo, nadie se acercará a él, sólo unos locos como nosotros osarían siquiera aproximarse a la Senda Perdida.

Atros parecía entrar en razón, asintió a las palabras de su compañero y empezó a relajarse poco a poco. Yo mientras tanto apreciaba como mi pierna me hablaba a pinchazos, requería de mi atención.

La herida no tenía buena pinta, seguía sangrando; las dentelladas de aquel animal relucían en mi pantorrilla como sonrisas dibujadas por un niño. Cortes de unos cuatro centímetros, tajos abiertos que no tardarían en infectarse.

Atros se acercó a mí y de su cinturón sacó una especie de pasta.

—Siéntate, te curaré esa pierna.

Me untó aquel potingue por la herida, sentí un fuerte escorzor y la vendó con fuerza, bien sujeta. Seguidamente curó también su brazo maltrecho por los colmillos de aquellos oscuros animales.

—Las mordeduras de Brúgalo de sangre no sanan jamás, cuando salgamos de aquí buscaremos un hechicero a ver si puede hacer algo, de lo contrario, sólo la amputación puede salvarnos. Tenemos más o menos una semana, después habrá que cortar.

Atros pronunció aquellas palabras con un semblante de decepción, eran muchos los contratiempos que habían surgido y prácticamente acabábamos de emprender nuestro viaje. Lo primero que debíamos hacer era escapar de aquel laberinto de piedra, luego ya tendríamos ocasión de preocuparnos por nuestras maltrechas extremidades. Aunque el solo hecho de pensar en cortarme la pierna me daba escalofríos.

Nos adentramos un poco más dentro de aquel pasadizo que acababa de librarnos de un descuartizamiento seguro. Estábamos claramente en un laberinto de piedra: recto, a la izquierda, a la derecha o hacia atrás eran las únicas opciones que poseíamos en aquel momento. Si echábamos la vista arriba solo podíamos ver piedra y más piedra, aquellas paredes parecían no tener fin, solo un insignificante brillo indicaba su final; demasiado lejos. Se oyó de pronto una voz susurrando y después otra y otra... «Está aquí, ha entrado, no escapará, se acerca su muerte...».

Voces de ultratumba.

